FAM 19 (1999) 125-132

«La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo»

Consejo Pontificio para los laicos *(L'Osservatore Romano,* n. 6, 5-2-99)

Las conquistas de la ciencia, y los correspondientes progresos de la medicina, han contribuido de forma decisiva, en los últimos decenios, a prolongar la duración media de la vida humana. La «tercera edad» abarca una parte considerable de la población mundial: se trata de personas que salen de los circuitos productivos, disponiendo aún de grandes recursos y de la capacidad de participar en el bien común. A este grupo abundante de «ancianos jóvenes», como definen los demógrafos según las nuevas categorías de la vejez a las personas de los 65 a los 75 años de edad, se agrega el de los «ancianos más ancianos», que superan los 75 años, la cuarta edad, cuyas filas están destinadas a aumentar cada vez más.

La prolongación media de la vida, por un lado, y la disminución, a veces dramática, de la natalidad, por el otro, han producido una transición demográfica sin precedentes, en la que la pirámide de las edades está completamente invertida con respecto a como se presentaba no hace más de cincuenta años: crece constantemente el número de ancianos y disminuye continuamente el número de jóvenes. El fenómeno, que comenzó durante la década de 1960 en los países del hemisferio norte, llega ahora también a las naciones del hemisferio sur, donde el proceso de envejecimiento es aún más rápido.

Esta especie de «revolución silenciosa», que supera los datos demográficos, plantea problemas de orden social, económico, cultural, psicológico y espiritual, cuyo alcance es objeto de esmerada atención por parte de la comunidad internacional. Ya durante la Asamblea mundial sobre los problemas del envejecimiento de la población, convocada por las Naciones Unidas —y celebrada en Viena (Austria) del 26 de julio al 6 de agosto de 1982—, se había elaborado un *Plan internacional de acción,* que sigue siendo, aún hoy, un punto de referencia a nivel mun-

Universidad Pontificia de Salamanca

dial. Ulteriores estudios llevaron a la definición de dieciocho *Principios de las Naciones Unidas para los ancianos* (repartidos en cinco grupos: independencia, participación, atención, realización personal y dignidad) y a la decisión de dedicar a los ancianos una Jornada mundial, cuya fecha ha sido establecida el 1 de octubre de cada año.

La resolución de la ONU por la cual se declara el año 1999 *Año internacional de los ancianos,* y la misma elección del tema: «Hacia una sociedad para todas las edades», confirman ese interés. «Una sociedad para todas las edades —afirma el secretario general Kofi Annan en su mensaje para la Jornada mundial de los ancianos de 1998— es una sociedad que, lejos de hacer una caricatura de los ancianos presentándolos enfermos y jubilados, los considera más bien agentes y beneficiarios del desarrollo». Una sociedad multigeneracional, pues, empeñada en crear condiciones de vida capaces de promover la realización del enorme potencial que tiene la tercera edad.

La Santa Sede —que aprecia el intento de establecer los fundamentos para una organización social inspirada en la solidaridad, en la que las distintas generaciones, unidas, den su propia aportación— desea colaborar en el Año internacional de los ancianos, haciendo oír la voz de la Iglesia, tanto en el campo de la reflexión como en el de la acción.

Insiste en el respeto a la dignidad y a los derechos fundamentales de la persona anciana y, con la convicción de que los ancianos tienen aún mucho que decir y todavía pueden dar mucho a la vida social, desea que se afronte la cuestión con un gran sentido de responsabilidad por parte de todos: individuos, familias, asociaciones, gobiernos y organismos internacionales, según las competencias y deberes de cada cual y de acuerdo con el principio, tan importante, de *subsidiariedad.* En efecto, sólo así se podrá perseguir el objetivo de garantizar al anciano condiciones de vida cada vez más humanas y valorar su papel insustituible en una sociedad en continua y rápida transformación económica y cultural. Sólo así se podrán emprender, de modo orgánico, iniciativas destinadas a influir en el orden socio-económico y educativo, con el objeto de que sean accesibles a todos los ciudadanos, sin discriminaciones, los recursos indispensables para satisfacer necesidades antiguas y nuevas, para garantizar la tutela efectiva de los derechos, y para dar nuevos motivos de esperanza y de confianza, de participación activa y de pertenencia, a los que han sido alejados de los circuitos de la convivencia humana.

La preocupación y el compromiso de la Iglesia en favor de los ancianos no son algo nuevo. Ellos han sido destinatarios de su misión y de su atención pastoral en el transcurso de los siglos y en las circunstancias más variadas. La «cáritas» cristiana se ha hecho cargo de sus necesidades, suscitando distintas obras al servicio de los ancianos, sobre todo gracias a la iniciativa y a la solicitud de las congregaciones religiosas y de las asociaciones de laicos. Y el Magisterio de la Iglesia, lejos de considerar la cuestión como un mero problema de asistencia y beneficencia, ha insistido siempre en la importancia primaria de valorar a las personas

Universidad Pontificia de Salamanca

de todas las edades, llamando la atención para que no se dilapiden la riqueza humana y espiritual ni la experiencia y la sabiduría acumuladas durante vidas enteras. Confirmando lo anterior, Juan Pablo II, al dirigirse a unos ocho mil ancianos recibidos en audiencia el 23 de marzo de 1984, les decía: «No os dejéis sorprender por la tentación de la soledad interior. A pesar de la complejidad de vuestros problemas (...), de las fuerzas que progresivamente se debilitan, y no obstante las insuficiencias de las organizaciones sociales los retrasos de la legislación oficial, las incomprensiones de una sociedad egoísta, no estáis ni debéis sentiros al margen de la vida de la Iglesia, elementos pasivos de un mundo en exceso de movimiento, sino sujetos activos de un período humano y espiritualmente fecundo de la existencia humana. Todavía tenéis una misión que cumplir, una aportación que dar».

Sin embargo, la situación actual —en no pocos sentidos inédita— interpela a la Iglesia a que emprenda una revisión de la pastoral de la tercera y la cuarta edad. La búsqueda de formas nuevos que correspondan mejor a sus necesidades y expectativas espirituales, y la elaboración de proyectos pastorales arraigados en el campo de la defensa de la vida, de su significado y de su destino, parecen ser, pues, condiciones imprescindibles para estimular a los ancianos a que den su propia aportación a la misión de la Iglesia y para ayudarles a lograr un especial beneficio espiritual gracias a su participación activa en la vida de la comunidad eclesial.

Éste es, a grandes rasgos, el contexto en el cual se sitúa el presente documento del Consejo pontificio para los laicos. Ha contribuido a su elaboración un grupo de trabajo constituido por representantes de la Secretaría de Estado y de varios dicasterios de la Curia romana; han participado, además, responsables de realidades eclesiales, movimientos, asociaciones y congregaciones religiosas que tienen una amplia experiencia en el campo de la tercera edad. Al ponerlo a disposición de las Conferencias episcopales, de los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, movimientos y asociaciones, jóvenes y adultos, y de los mismos ancianos, el Consejo pontificio para los laicos —designado como «punto de referencia» de la coordinación de las actividades de la Santa Sede para el Año internacional de los ancianos— confía en que sirva de estímulo para la reflexión y el compromiso de todos y cada uno.

1. Sentido y valor de la vejez

Las expectativas de una longevidad que se puede vivir en mejores condiciones de salud con respecto al pasado, la perspectiva de poder cultivar intereses que suponen un grado más elevado de instrucción de las personas, el hecho de que la vejez ya no sea siempre sinónimo de dependencia y que, por tanto, no menoscaba la calidad de la vida, no parecen ser condiciones suficientes para que se acepte un período de la existencia en el cual muchos de nuestros contemporáneos ven exclusivamente una inevitable y abrumadora fatalidad.

Universidad Pontificia de Salamanca

En efecto, hoy está muy difundida la imagen de la tercera edad como fase de descenso, en la que se da por descontada la insuficiencia humana y social. Se trata, sin embargo, de un tópico que no corresponde a una condición que, en realidad, está mucho más diversificada, pues los ancianos no son un grupo humano homogéneo, y viven la vejez de modos muy diferentes. Existe una categoría de personas, capaces de captar el significado de la vejez en el transcurso de la existencia humana, que la viven no sólo con serenidad y dignidad, sino como un período de la vida que presenta nuevas oportunidades de desarrollo y compromiso. Y existe otra categoría —muy numerosa en nuestros días— para la cual la vejez es un trauma. Personas que, ante el paso de los años, asumen actitudes que van desde la resignación pasiva hasta la rebelión y el rechazo desesperados. Personas que, al encerrarse en sí mismas y colocarse al margen de la vida, ponen en marcha el proceso de la propia degradación física y mental.

Es posible, pues, afirmar que las facetas de la tercera y de la cuarta edad son tantas cuantos son los ancianos, y que cada persona prepara durante toda la vida la propia manera de vivir la vejez. En este sentido, la vejez crece con nosotros. Y la calidad de nuestra vejez dependerá sobre todo de nuestra capacidad de apreciar su sentido y su valor, tanto en el ámbito meramente humano como en el de la fe. Es necesario, por tanto, situar la vejez en el marco de un designio preciso de Dios, que es amor, viviéndola como una etapa del camino por el cual Cristo nos lleva a la casa del Padre (cf. Jn 14, 2). Sólo a la luz de la fe, firmes en la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5, 5), seremos capaces de vivirla como don y como tarea, de manera verdaderamente cristiana. Ése es el secreto de la juventud espiritual, que se puede cultivar a pesar de los años. Linda, una mujer que vivió ciento seis años, dejó un hermoso testimonio en este sentido. Con ocasión de su ciento un cumpleaños, explicaba a una amiga: «Ya tengo ciento un años, pero ¿sabes?, soy fuerte. Físicamente estoy algo impedida, pero espiritualmente lo hago todo; no dejo que las cosas físicas me abrumen, no les hago caso. No es que viva la vejez porque no le hago caso: ella sigue por su camino, y yo la dejo. El único modo de vivirla bien es vivirla en Dios».

Rectificar la actual imagen negativa de la vejez es, pues, una tarea cultural y educativa que debe comprometer a todas las generaciones. Con respecto a los ancianos de hoy, existe la responsabilidad de ayudarles a captar el sentido de su edad, a apreciar sus propios recursos y así superar la tentación del rechazo, del auto-aislamiento, de la resignación a un sentimiento de inutilidad, de la desesperación. Por otra parte, con respecto a las generaciones futuras, existe la responsabilidad de preparar un contexto humano, social y espiritual en el que toda persona pueda vivir con dignidad y plenitud esa etapa de la vida.

En su mensaje a la Asamblea mundial sobre los problemas del envejecimiento de la población, Juan Pablo II afirmaba: «La vida es un regalo de Dios a los hombres, creados por amor a su imagen y semejanza. Esta comprensión de la sagrada dignidad de la persona humana lleva a valorar todas las etapas de la vida. Es una cuestión de coherencia y de justicia. En efecto, es imposible apreciar de verdad la vida de

Universidad Pontificia de Salamanca

un anciano, sin apreciar de verdad la vida de un niño desde el momento mismo de su concepción. Nadie sabe hasta dónde se podría llegar si no se respetara la vida como un bien inalienable y sagrado».

La construcción de la anhelada sociedad de «todas las generaciones» sólo se logrará si se funda en el respeto por la vida en todas sus fases. La presencia de tantos ancianos en el mundo contemporáneo es un don, una riqueza humana y espiritual nueva, un signo de los tiempos que, si se comprende en toda su plenitud, y se sabe acoger, puede ayudar al hombre actual a recuperar el sentido de la vida, que va mucho más allá de los significados contingentes que le atribuyen el mercado, el Estado y la mentalidad dominante.

La experiencia que los ancianos pueden aportar al proceso de humanización de nuestra sociedad y de nuestra cultura es mas valiosa que nunca, y se les ha de solicitar, valorando los que podríamos definir *carismas propios de la vejez:*

— *La gratuidad.* La cultura dominante mide el valor de nuestras acciones según los parámetros de una eficiencia que ignora la dimensión de la gratuidad. El anciano, que vive el tiempo de la disponibilidad, puede ayudar a una sociedad «demasiado ocupada» a caer en la cuenta de la necesidad de romper con una indiferencia que disminuye, desalienta y frena los impulsos altruistas.

— *La memoria.* Las generaciones más jóvenes van percibiendo el sentido de la historia y, con él, la propia identidad. Una sociedad que minimiza el sentido de la historia elude la tarea de la formación de los jóvenes. Una sociedad que ignora el pasado corre el riesgo de repetir mas fácilmente los errores de ese pasado. La caída del sentido histórico puede imputarse también a un sistema de vida que ha alejado y aislado a los ancianos, poniendo obstáculos al diálogo entre las generaciones.

— *La experiencia.* Vivimos, hoy, en un mundo en el que las respuestas de la ciencia y de la técnica parecen haber reemplazado la utilidad de la experiencia de vida acumulada por los ancianos a lo largo de toda la existencia. Esa especie de barrera cultural no debe desanimar a las personas de la tercera y de la cuarta edad, porque tienen muchas cosas que decir a las nuevas generaciones y muchas cosas que compartir con ellas.

— *La interdependencia.* Nadie puede vivir solo: sin embargo, el individualismo y el protagonismo reinantes ocultan esta verdad. Los ancianos, en su búsqueda de compañía, protestan contra una sociedad que deja con frecuencia abandonados a sí mismos a los más débiles, llamando así la atención acerca de la naturaleza social del hombre y la necesidad de restablecer la red de relaciones interpersonales y sociales.

— *Una visión más completa de la vida.* Nuestra vida está dominada por la prisa, la agitación y, a menudo, por la neurosis; es una vida desordenada que olvida los interrogantes fundamentales sobre la vocación, la dignidad y el destino del hombre. La tercera edad es, además, la edad de la sencillez, de la contemplación. Los valores afectivos, morales y religiosos que viven los ancianos constituyen un recurso indispen-

Universidad Pontificia de Salamanca

sable para el equilibrio de las sociedades, de las familias, de las personas. Son el sentido de responsabilidad, la amistad, la no-búsqueda del poder, la prudencia en los juicios, la paciencia, la sabiduría, la interioridad, el respeto a la creación y la edificación de la paz. El anciano capta muy bien la superioridad del «ser» con respecto al «hacer» y al «tener». Las sociedades humanas serán mejores si saben aprovechar los carismas de la vejez.

2. Problemas de los ancianos: problemas de todos

Marginación

Entre los problemas que a menudo experimentan hoy los ancianos, uno —quizá más que otros— atenta contra la dignidad de la persona: la *marginación*. El desarrollo de este fenómeno, relativamente reciente, ha hallado terreno fértil en una sociedad que, concentrando todo en la eficiencia y en la imagen satinada de un hombre eternamente joven, excluye de los propios «circuito de relaciones» a quienes ya no cumplen esos requisitos.

Responsabilidades institucionales eludidas, con las consiguientes deficiencias sociales; la pobreza, o una drástica reducción de los ingresos y de los recursos económicos que pueden garantizar una vida digna y la posibilidad de gozar de atenciones adecuadas; y el alejamiento más o menos progresivo del anciano del propio ambiente social y de la familia, son los factores que sitúan a muchos ancianos al margen de la comunidad humana y de la vida cívica.

La dimensión más dramática de esta marginación es la falta de relaciones humanas, que hace sufrir a la persona anciana, no sólo por el alejamiento, sino también por el abandono, la soledad y el aislamiento. Con la disminución de los contactos interpersonales y sociales, comienzan a faltar, además, los estímulos, las informaciones, los instrumentos culturales. Los ancianos, al ver que no pueden cambiar la situación por estar imposibilitados de participar en las tomas de decisiones que les conciernen como personas y como ciudadanos, terminan perdiendo el sentido de pertenencia a la comunidad de la cual son miembros.

Este problema nos concierne a todos. Es tarea de la sociedad, en sus distintos organismos, intervenir para garantizar una tutela efectiva, incluso jurídica, de esa parte no pequeña de la población que vive en estado de emergencia socio-económico-informativa.

Asistencia

Aún hoy, para atender y asistir a los enfermos ancianos no autosuficientes, sin familia, o con escasos medios económicos, se recurre —cada vez con mayor frecuencia— al sistema de la *asistencia institucionalizada*. Pero el hecho de recluirlos en un centro puede transformarse en una

Universidad Pontificia de Salamanca

especie de segregación de la persona con respecto al contexto civil. Algunas opciones socio-asistenciales, y las instituciones que de ellas han surgido, comprensibles en un pasado que tenía un marco social y cultural distinto, están superadas actualmente y son contrarias a las nuevas formas de sensibilidad humana. Una sociedad consciente de sus propios deberes hacia las generaciones más ancianas, que han contribuido a edificar su presente, debe ser capaz de crear instituciones y servicios apropiados. En la medida de lo posible, los ancianos deberían poder permanecer en el propio ambiente, gracias al apoyo que se les preste, como la asistencia a domicilio, el «day-hospital», centros diurnos, etc.

En este contexto, no está de más una referencia a las residencias para ancianos. Por el hecho mismo de que ofrecen alojamiento a personas que han tenido que dejar su propio hogar, habrá que insistir en que en ellas se ha de respetar la autonomía y la personalidad de cada uno, garantizándole la posibilidad de desarrollar actividades vinculadas a sus propios intereses; y se han de prestar todas las atenciones que requiere la edad que avanza, dando a la acogida una dimensión lo más familiar posible.

Formación y ocupación

La mentalidad actual tiende a relacionar íntimamente la formación con la actividad laboral. He aquí el motivo de la carencia de programas de formación para la tercera edad. En una época en la que el aprendizaje y la actualización constantes son una condición indispensable para seguir el paso de la rápida evolución de las tecnologías y obtener los beneficios correspondientes, incluso de orden material, los ancianos —cuyo saber ya no se puede colocar en el mercado del trabajo— se ven excluidos de las políticas de educación permanente. Esto desatiende sus crecientes solicitudes y expectativas al respecto.

La separación del mundo del trabajo y de todo lo relacionado con él se realiza hoy de forma brusca, poco flexible, y sólo muy raramente coincide con los tiempos y modalidades elegidos por las personas interesadas. Con frecuencia muchas de ellas para compensar pensiones insuficientes o inexistentes, buscan luego, pero en vano, un empleo. Es preciso satisfacer esa necesidad de seguridad, proporcionando a los ancianos oportunidades que les permitan permanecer activos, expresar su creatividad y desarrollar la dimensión espiritual de su vida.

Parece ya comprobado el hecho de que la jubilación obligatoria da comienzo a un proceso de envejecimiento precoz; a la vez, el desarrollo de una actividad posterior a la jubilación produce un efecto benéfico en la calidad misma de la vida. El tiempo libre del que disponen los ancianos es, pues, el principal recurso que se ha de ha de tener en cuenta para volverles a dar un papel activo, promoviendo su acceso a las nuevas tecnologías, su compromiso en trabajos socialmente útiles y su apertura a experiencias de servicio y voluntariado.

Universidad Pontificia de Salamanca

Participación

Está comprobado que los ancianos, cuando se les presenta la oportunidad, participan activamente de la vida social, tanto en el ámbito civil como en el cultural y asociativo. Lo confirma el hecho de que numerosos puestos de responsabilidad estén ocupados por jubilados —por ejemplo, en el campo del voluntariado—, así como su peso político no insignificante. Es preciso rectificar las imágenes erróneas que se dan del anciano, así como los prejuicios y desviaciones de comportamientos que, en nuestros días, han menoscabado su figura.

A los ancianos se les debe dar la posibilidad de influir en las políticas relacionadas con su vida, pero también con la vida de la sociedad en general, mediante organizaciones de la categoría y representantes a nivel político y sindical. Ha de fomentarse, pues, la creación de asociaciones de ancianos y hay que apoyar las ya existentes que, como desea Juan Pablo II, «deben ser reconocidas por los responsables de la sociedad como expresión legítima de la voz de los ancianos y, entre ellos, de los que están más desamparados».

Para poner remedio a la cultura de la indiferencia, al individualismo exasperado, a la competitividad y al utilitarismo, que actualmente constituyen una amenaza en todos los ámbitos de la sociedad humana, y con el fin de evitar cualquier ruptura entre las generaciones, es necesario promover una nueva mentalidad, nuevas costumbres, nuevos modos de ser, una nueva cultura. Es preciso buscar un bienestar y una justicia social que no olviden colocar a la persona humana, y su dignidad, en el centro de sus objetivos.

Universidad Pontificia de Salamanca